

AGUSTÍN DE LA HOZ

El alma
DE TENIDA



LAS PALMAS

Parce
Don Manuel
Hernandez Suarez,
Escriba. Primer broche

Constancia
1965



EL ALBA DETENIDA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>284994</u>
N.º Copia	<u>377062</u>

AGUSTIN DE LA HOZ

EL ALBA DETENIDA

La humanidad está dividida en dos castas: la de los que aman las fórmulas exteriores con que expresamos nuestros sentimientos, y la de aquellos que queman sus corazones y sus almas en la llama del Amor.

Que nadie venga a mí con mimos y monerías, pues yo solamente quiero un corazón templado al fuego.

DJELAL EDDIN RUMI.

1954

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

*Quedan hechos los depósitos que
marca la Ley.-Es propiedad del autor.*



Madrid

A JORGE ACOSTA GONZÁLEZ.

PROLOGO

EL autor de este libro es un mozo inquieto, vehemente, que ha entrado por los campos de la literatura con el ímpetu de quienes aspiran a conquistarlos, más que a roturarlos; un mozo en cuyas venas hierve traslaticio volcán y que se ha propuesto expresar la ternura detenida de la noche humana exprimiéndole la sangre, como hacen los viñadores con la sazón del racimo, y los pies echan

a andar —practicando un culto, y a la vez un trabajo— con determinación mensajera; mozo, en fin, a quien todos le deseamos la más feliz de las travesías.

*No hace mucho, en una deliciosa vacación que tuvo por cielo el de Alicante, precipité el ocio en derchura a la permanente lección de ansia por el terruño, que significa la obra de **Angel Guerra**, conejero de pro; y al contacto de ella tuve noción de un hecho hasta entonces inapreciado, cual es que, no obstante, todas las apariencias contrarias, la de los hijos de Lanzarote ofrece un aire común de literatura frustrada; y comparándola con la levantina —**Blasco Ibáñez**, **Azorín**, **Miró**— no pude menos que atribuir el hecho a las perturbaciones producidas —así en la radio— por deficiente modulación de onda. **Angel Guerra** partía como **Blasco**, del acuciante problema; como **Azorín**, de la situación derivada de un texto, y como **Miró**, del vaho de la tierra, y sin embargo, su obra oscila entre el deseo y la nostalgia sin ir desde el arrullo a la tormenta.*

A Agustín de la Hoz, lo hemos visto todos pasar como un meteoro, viniendo desde la oscuridad para precipitarse nuevamente en ella, dejando un recuerdo luminoso de su presencia. Esta es su índole:

la exhalación que se diluye sin que supiéramos exactamente de donde llegaba ni a donde iba.

*Acaso esta índole personal sea una constante en los más inquietos temperamentos de su isla, y acaso no sepamos nunca —o no nos sea posible nunca— juzgarlos a él y a ellos sino en el viaje de vuelta de su azufre, cuando el indicio se convierta en identificación, y la aurora aniquile la tiniebla en que aún se nos ofrece **El alba detenida** como un alevín de volcán en la noche del alma.*

PEDRO PERDOMO ACEDO.

SINTESIS

SUBLIME y nueva se la había imaginado el alma, pero la realidad trajo tan a menos lo que la fantasía idealizó, que, el hombre tornose a su nativa nobleza vacío de esperanza.

Y es que en el mundo no se logra amar tanto como se desea, sino que según el acervo de los corazones, amamos lo que podemos con aflicción del ánimo; si párvulos, de lo ínfimo se consuelan y, satisfechos, no reparan que gran parte de nuestras ansias se derraman; si adolecen, nos remuneran por instantes hasta que, enferma nuestra constancia, se envilece, y si exceden a lo común, se nos hacen incomprensibles sus desdenes...

¡Qué distintos intérpretes tendría lo eterno si en la Tierra amáramos plenamente hasta saciarnos!

EL AUTOR.

EL DESEO Y EL AMOR

Y A las últimas palomas se habían llevado el candor crepuscular hacia la soledad cárdena del ocaso, cuando las alispas terminaron de hacer el silencio aventando con sus colas los ruidos de la tierra. Entonces, trás el oscuro velo de la noche se agigantaron las siluetas de las breñas compitiendo con los montes de las nubes... y, después, los alisios peinaban la cresta del mar forman-

do el suave bramido que hermana en su lamento las íntimas sensaciones de la muerte y de la nada... y, allá, por encima del espacio de nuestro entendimiento, el círculo de lo eterno rodaba en su infinito, derramando misteriosos sortilegios en el sueño de la vida...

Pero, acá, más abajo de las breñas, donde el valle amamanta la esmeralda de su carne y los ríos se alimentan en la herida blanca de una piedra, descubre rosas un hombre en los labios de su amada. Parecen ellos como cervatillos intimidados que persiguen los lebreles y, hermosos los ojos en el deseo, robado el pensamiento en la nostalgia, huyen de la fauna que está al otro lado del monte, y edifican su morada presurosos bajo el techo inaccesible de la noche.

No saben llorar el luto con que la tierra se viste cuando sudan sus entrañas, haciendo fósil el corazón de las semillas. Sienten miedo de las parras que tienen fronda roja como de árboles incendiados, y racimos que se aprietan cuales gentes madurando reunidas en la sombra. No quieren que les vean hacer su nido blanco sobre el nido de las aves, donde divisan, ¡oh magnífico milagro!, el pai-

saje fabuloso de la idea. Quieren guardar seguros el ejemplo de sus ojos de donde todo el bien les llueve como eterna fuente de allá dentro descendida sigilosa con la sangre. Y, mientras hacen con sus bocas inauditas primaveras, piensan los rayos de oro que forman la rápida escala que de la suprema cima cuelga luminosa cual si fuera un guirnalda de esperanza...

* *
*

Era ella suave como un viento más de la noche, apacible y dulce, que la hacía tenuamente frágil como las auras que peinan transparentes a las nereidas festoneadas de espuma; era de rosa y leche su vestido renovado cual si fuera la mollar más encendida del durazno; y como un verdal eran sus ojos que parecían poblar de bondad la superficie de un lago; y el ébano de sus crenchas dibujábase ensortijado hasta invadir los senos de plumas y el glasé de sus espaldas....

El fué como la última ola batida por todas las inquietudes y todos los elementos que le hacían inexpresivo y hondo como una luna nueva en el silencio ilegible de lo oscuro; fué él un astro dormido en su existencia...

—Vamos, mi amor —suspira ella entretejida en el viento—, que ya ha pasado la media noche y la escarcha de la mañana está helando la madrugada.

—Alma mía, razón poderosa que presides mi cerebro... ¿No piensas que es más cruel matar la voluntad que poseemos que el deber de separarnos? Acaso los momentos en que la muerte esconde su presa en los surcos de la tierra no tenga esta congoja... ¡Si supieras, amada, la íntima soledad del pensamiento! ¿Por ventura me has pensado en la nada de tu ausencia?

—Te he pensado, mi bien, y me estremece imaginarte en el profundo abismo con que la nada se viste... Pero, vete... ¿No ves que con paso apresurado baja la aurora de manos del rocío a la vera de las plantas...? Vete, mi amor, que ya se nota la pintura en las cumbres de los montes.

Las tenues claridades con que el alba descubriría los secretos que embellecen el estambre de las flores, parecíanle a la doncella imprevistas jerarquías esotéricas. Por eso, suspensa la emoción y el alma en arrebatado, derramó sobre los labios del amado todo el cáliz de su boca...

—Vete... —y esta palabra se confundió con el siseo del arroyo que despertaba enmudecido entre las piedras y los helechos...

—Quédate... Aguarda... —dijo él labrando una imagen de cristal con el deseo— y, si el día nos sorprende, haz la noche en tus luceros con la seda de tus párpados para que de la lontananza siempre sea nuestro su horizonte.

—¡Ay, fuerza! ¡Oh, poderío! ¿Qué ascuas tiene tu palabra que se engarzan en mi cuello cual si fueran las brasas de tus besos? ¿Cómo podré decir lo que siento, ¡oh delirio de mis sueños!, cuando ardo sin llagarme? ¿Notas que asfixiada de su cuerpo hace rato que el alma se me asoma flameando en las pupilas? ¿Es que quieres que se ausente cual paloma sofocada que emigra del estío? Entonces serían falibles los nácares de mi carne y vulnerable la esperanza que me alienta...

Y la noche permaneció inmutable, aguardando recoger en el silencio de sus manos la esencia iluminada que de sus ansias comenzaba a derramarse. Y no hubo tiempo ni distancia en la sintaxis del alma, y el poder indescriptible que impió les rasgó el abrazo parecía tener dedos de hierro como

garfios afilados. Sin embargo, el oloroso incienso de la aurora, ¡oh, concierto nuevo de los grillos y los gallos!, borró del gris desasosiego la tristeza con los pinceles del alba.

—¡Aguarda, alma mía! —reclamó el enamorado sonrosando la mejilla con el incendio de un beso.

—Ya me quedo un instante, amado, pues sin cumplir tu deseo no sabría distinguir el destino de mis pasos... ¡Oh, mi dueño, un abismo me llama desde el fuego en que me abraso y me derroca muy dolida una tristeza, cual si me embistiera un enemigo que insondable absorbe de mi aliento los aires que te respiran! ¿Por qué la vida tiene tiempo? —y esta pregunta hizo llorar a un astro, cuya lágrima de luz se apagó muy lejos olvidada en el vacío...

—¡Oh, melancolía, hermana de la lluvia! ¡Oh, congoja inaudita que amorata a la pálida nostalgia! ¿Por qué quieres empañar el instante en que el alma se desnuda? ¿Acaso me sería de provecho contemplar el firmamento cuando lo eterno parece inexpressivo? No entristezcas, amada, y alegra tus venas con mi licor encarnado... Arroja de tu ser la vil melancolía que es de pulpa amarga y de corazón

áspero, como el higo silvestre que eriza los dientes y encoge los labios.

—También de ese higo —dijo ella—, se alimentan las aves que hacen nidos amados en las ramas más altas.

Enemiga de las lluvias, una higuera se meció columpiando brevas negras...

—Más sublime que esos nidos —aclaró el enamorado— es la boda del alma que, sin la ayuda de los pájaros, se encarama ligera a donde ningún árbol la alcanza. En nuestras nupcias tempranas, una estrella blanca se hará semilla en el fruto inocente de tu mano. Allá seremos como tiernos venados, poseedores de nuestro entendimiento, sin miedo de los perros, ni asombrados de la luz, y podremos cavar sin recelo del esclavo la parcela inviolada de nuestro huerto y, si nace pura la hierba, le daremos a la cosecha un sentido de eternidad que es de donde brotan los veneros del alma, como le sucede al jazmín más allá de su fragancia.

—Yo apresuraré, amado, la carrera de mis fuentes hasta empapar nuestra tierra, y que se har-te y pueda fecundar la semilla que tú siembres.



Mis aguas bajarán transparentes desde mi ser por la tarjea olvidada de mis venas y, gota a gota, cada día, las iré depositando en el cáliz reciente de tu planta.

—¡Oh, mi amor! Ya la fidelidad de tu sangre y el mensaje generoso de tu alma me anuncia la **S**ementera que, aromada de retama y sutileza lejana, ha de nacer más frágil que el nacer de los guisantes bien nacidos en las gavias, y me complace pensar que de mis hondas raíces se alimentará nuestra planta, mientras que, hasta mi copa elevada, tú jugarás con mis ramas y llorarás de alegría para regar nuestro tallo.

—No habrá tregua en mi llanto, ¡oh, motivo de contento!, pues ha de ser tanto mi entusiasmo que estaré siempre llorando hasta que la lleta sea árbol, con madera de tu tronco y de mis venas la resina de su savia. ¿No ves que aún no ha nacido y ya mis lagos se derraman?

Los luceros más brillantes sus miradas redoblaron sobre la noche poblada de fantasmales encantos. Y más alta que la altura esotra mirada única contemplaba su infinito sumando eternidades...

—No colmes las orillas de tus cuencas, amada, pues falta a mi semilla el abrigo de la tierra que

buscamos; lloraré yo entretanto sobre tus labios para que rueden mis lágrimas hasta el color de tus entrañas, y así alimentar la nueva planta que ha de mostrar de su cándida verdura el pudor de la violeta y el valor de los conceptos, tal si fueran desde siempre los principios del que nace con el signo amarillo de la muerte, como si al conjuro de unos ojos, estampado estuviera en la memoria de los cirios que tililan los presagios...

—Vete..., amado. Vete..., mi amor. No comprendo la nueva voz de tu lenguaje, aunque sé que no hay mentira en el sueño del cerebro —dijo élla laborando con la rueca del ensueño un letargo inolvidable.

Y fundiéronse las almas hermanadas con la sangre... Y la verdad, nacida con la primera gracia de la eterna madre, hizo que la niña se asustara de la aurora que bajaba a besarle generosa la flor de un pensamiento.

—Escucha ahora —suplicó enajenada la doncella— y si quieres, arranca con la uña de tu empeño la piel de mi lamento y, para que me salves, ¡oh, defensor mío!, inclina tus sentidos hasta la voz de mi quebranto.

Una nube como de un loto recortada pasó oscura sobre la palidez del alba, y los gallos no cantaron, y los grillos en silencio..., sólo el helecho hizo un ruido estirando la raíz hasta mover el agua...

—Amada, ¿por qué tan acabado me deja la idea de tu ausencia, cual si fuera un crisantemo sobre mi carne caliente? Fuera del tiempo me quedo y se me antoja que quizá ya de mí esté ausente la memoria, pues a esta tristeza inagotable sumisa está la expansión de mis sentidos. ¡Habla, mi amor, que presta mi inquietud descansar en la paz de tu palabra! ¡Habla que te espera como un manto mi existencia!

—Déjame llorar, amado, con la abundancia que siento y que se me escape la vida antes de verme extraña en la senda donde tus ansias aumentan... ¡Ay, que cuando de tu sino me hablas, las pupilas alcanzan lo alto para mirarte perpetuo donde muere la esperanza!

Y, como si el suceder hubiera acaecido desde siempre, los amantes contemplaron amasados duramente un espacio iluminado que detuvo del segundo la carrera un instante... Entonces, pudieron oír

el silencio de un nuevo pentágono que no hacía sentir, ni padecer, ni olvidar, ni recordar... Y era que el alma soñaba el cenit de lo eterno por la sensación infalible de las gloriosas sonatas del sentimiento.

—¿Qué es ello? —preguntó la inocencia de la niña.

—¿Qué es ello —repitió el enamorado—, que no puedo contar su enmarañada substancia en los pliegues del sentido, cual si de la araña fuera una tela que embellece la voluntad cautiva de una mosca?

—Puede ser, bien mío, el fuego en que arde como dormido ensueño la sensibilidad de mis senos, que no tendrá jamás mudanza, porque, es cierto, amado, que sus llamas de recia lengua, cual alevines de un cráter gustarán siempre el manjar de tu contento.

—¡Qué me dueles, alma! ¿Qué dices del ensueño sorprendido en el recuerdo, si nunca puede pasar la vibración en que vivo? ¿Acaso existe la memoria cuando todo permanece? ¿Por qué, cuando el rizo de la mar está deshecho, veo en mi alma las uñas de la ola embravecida? ¿Dejaré yo de ser si

te alejas o crecerá mi existencia si te quedas? Vuelve, alma, vuelve sobre tu línea trazada; vuelve a mí, pues tirana es la distancia que te lleva con mágica promesa, transformando tu semblanza en la húmeda soledad que retuerce a la rata en la cruz de la centina. ¿No es tu libertad la afrenta de los que sostienen mi cadena?

Labrador de una sierra ensortijada que cosecha descontento el trigo desnudo de la harina, el joven va recogiendo gusanos blandos en el paisaje del alba.

—Vuelve, mi amor, ahora que has hecho tu salida al desierto de lo eterno; vuelve, que no son de arcilla los cimientos en que te fundo, sino de luz infinita como el centro más brillante de una estrella; vuelve, que recordaremos conmovidos y solitarios aquel concierto, donde en la prueba de la verdad hallé sorprendido de tu criterio la sinfonía azul de tu inocencia. ¡Vuelve, alma, vuelve que me aplasta el universo! ¡Vuelve, mi amor, que un demonio sonrojado está riendo en el átomo partido de la célula en que duermo!

EL AMOR Y LA NOSTALGIA

MIENTRAS el plácido elemento de la aurora se iba condensando describiendo arabescas serpentinadas, el alba prolongada se nublaba lentamente entre volutas de leche. Entonces, el recuerdo de la amada, ¡oh delirio oculto que estalla de improviso en la consciencia!, ensombreció del joven la derrota cual desierto anochecido que no alcanza a la palmera... Y rota de la cuerda

la armonía que ennoblece a la bestia más salvaje, el cerebro desbocado reanudó su oficio galopando en pos de la memoria que llevaba en sus alas el secreto de la idea. Y liberada el alma del humano entendimiento, cual espacio que se aumenta hasta elevarse sobre el tiempo, impide al cuerpo derrumbarse sobre las iras en que arde la llama que consume a la razón más encendida. Y, ¡oh, sensación suprema que suspende por el dolor de sus enojos el brío del pensamiento...! ¡Ay, que desnuda de su fin bello y antiguo en la grupa de un lamento el alma abandona su esperanza!

—¿Por qué el dolor se alimenta de la herida más doliente? —clamó el ser deseando por alivio todos juntos los dolores de la tierra. ¿Que vértigo causa el abismo donde naces, hasta colgar del firmamento el manto de tu paciencia, cual si fuera de un vampiro gigantesco la sombra que oscurece el quehacer inapreciable de la hormiga?

Caído al fin el hombre en la línea más desierta de la tierra, donde el cactus nutre de su espina la sombra que siniestra la pupila del lagarto, pasó el alma descendida hasta la carne entre mil nubes

de algodones que se abrían a la esperanza, cual pulmón poseído del perfume en los jardines.

—Ven, mi amor...—se expresó el varón quemada la lengua por la sed de su destino. ¿No entiendes que tu ausencia me derroca y cansado no alcanzo tu distancia, cual si el pie perdido lo tuviera buscando apoyo en el vacío? Dáte prisa, mi bien, que si tardas, esa lluvia de allá lejos que se acerca ennegrecida ha de borrar del paisaje la almohada en que descanso. Mi alma con tal empeño te ha seguido, que siendo nada, por la idea que me inspiras subió a ser algo que la mente no alcanza en su pobreza y, por tu voluntad contraria, amada y dueña, ha vuelto reducida a contar tus alabanzas sin que me pueda explicar el camino que absunta trazara la fuga de tu presencia.

—No edifiques el tormento porque tu amor no responda, que mayor espacio hay de tu grito a su silencio que del silencio a la nada—dijo el alma reprochando la expresión de su vestido. Tu bien está gozando de la paz que contiene su existencia, cual si fuera el celibato que perpetuo de la leche de una virgen se amamanta. Donde la he visto ella ve tus ojos esparcidos sobre el ámbar en que los

pensamientos se pueblan de niebla y, para restañar la herida del azote que padeces, construye una cueva iluminada que te aguarda con más luz que el mediodía. Allí no vive la duda, ni la sombra tiene sol que la produzca, pues te esperan mil sabores ignorados que amasarán tu pan con los suspiros que te envía desde ahora, y tendrás un lecho de inaudito entendimiento en que descansen los deseos más inquietos de tu alma, y un hogar con recuerdos de naranja donde temples la sed de tu remedio, y una fuente alegre también hace con el pilar de su boca porque a tus besos su cantinela acompañe.

Y el alba, cubierta de la hermosura que amanece con la diana de las plantas, se miró ya casi ausente en la gota del rocío que colgaba vacilante del pistilo de una rosa. Y las tamaras caídas, como lágrimas doradas, aguardaban del sol la dulzura del dátil...

—¡Oh, alma!, ¿cuando alcanzaré de tus rutas virginales la costa que me prolongue? —deseó el hombre de su anhelo—. Teniendo como tienes para mí una morada, ¿por qué no alzas hasta tu frente la celosía en flor de tu palacio? Por secretas

cimas que la ciencia no registra presiento enajenado del ancho muro en que te encierras la ternura abierta de mi fruto ennoblecido por tu infancia... Y me alegro poder fecundar fatigas tan bellas que, desde la humana selva, me llevaron hasta el rincón más escondido de tu alma... ¡Ay, que ya tengo causa por qué dormir montañas de acero en el sueño de mi esposa!

Más allá de la colina, donde resurge de la penca el camello sembrado en lontananza, la bruma como un limbo de plomo se recostaba retardando a la mañana y, después de un espejismo que recorrió al oasis en la lengua del desierto, fué revuelta la ribera por la danza de tres olas, cuales moras que revientan en el baile de sus ojos, como espejos que se parten misteriosos en la intención de la pupila... Y el alba, como en prisiones de mármol, quedó blanca, sin ser noche, ni día, ni aurora, y sola la luz de una escala enrojecida iluminó el trueno de dos nubes colosales, que se abrieron destilando como esponjas esparcidas sobre el cielo...

—¡Ay, tristeza que te aumentas en el pecho, cual la sombra aquella que ha un instante asomaba en la orilla de la tierra y ya envuelve la cruz de

la montaña! ¿Por qué me azota el poder de tu veneno como si me ofrecieras de un negro arcángel el pacto que aborrezco? Lejos del destierro en que me hallo para la esencia del alma derramada, encontraré sepultura, ¡oh mágico enemigo!, bajo las cien cumbres gigantes que el mar esconde.

Y las venas de la tierra conmovieron sus entrañas, exhalando por las grietas de las piedras el perfume que degusta el peral y las moreras. Y los vientos eran tan salinos y secos que el aire iba tornando en rara pasa la cuenta nueva de la uva.

—¡Oh, infausto, que de continuo me embargas absorbiendo mi sosiego! Como fauces que se cierran sobre mí, te acercas glutinoso masticando mi confianza, y veo a tu rugido pronunciarse, cual si fuera el chasquido de un monstruo fabuloso alimentando la perfidia en que hierve la venganza de otro monstruo más terrible.

La altura puso en fuga a un cometa que de espanto su curso suspendía, meditando con frecuencia el génesis del miedo, cual si fuera el origen del milagro... Y el agua encabritada se liberó del cielo con tal fuerza que caía sobre el joven como afrenta sobre el alma.

—¡Ay, cielo, de tí mismo asustados los diamantes que te adornan! Cese tu ira incolora para que no mueran esas flores que se hielan y, así, ¡oh cielo!, entre tu alto destino y tu profundo consuelo hallarás definida la existencia del tiempo.

Cien novias miserables que pasaban como recua del olvido escucharon la palabra ensortijada, derramando por los filos de sus piernas los recuerdos que sembraron amarillos, cuales pétalos marchitos que embalsama la memoria. Y ahogando el clamor de sus gargantas llamaban con la sangre que salía caudalosa al novio inexistente...

—¡Cómo me tortura la verdad de tu ausencia, amada! Has que la esperanza borre de mi frente la imagen que a la idea cubre de negro, pues de tal manera me oscurece los sentidos que no encuentro la noción de tu distancia.

Y de arriba, tal si de la eterna ira fuera un gesto incomprensible, bajó un brazo que con brío sorprendente agigantó la borrasca...

—¡Ay, mi amada! ¿Cuándo me has de invitar a la mansión de tu secreto? Que no mastiquen la ironía quienes cuecen mi lamento, ni se alegren las raposas con carroña donde almuerzan los demonios que me miran...

Un rayo cual espada iracunda trazó del cielo hasta el abismo una escalera sangrienta...

—Quizá, mi amor, estés dormida y no sepas en tu morada que el alma se me muere de esperarte, y que en la defensa del mal que la rodea no me sirve de cansada. ¿No llega a tí el sufrimiento que me aflige? Y sabes que estoy aguardando la llamada que me lleve a esa región tan alta donde gúelfos obedientes en mil lazos de mimosas te pasean suspendida...

Y los elementos se ausentaron viendo llorar a la tormenta que en silencio escondía sus aguas en el vientre de los ríos y, como descubiertas por un sudor de entrañas, las jorguinas encarnaron una nube que se hundió en el océano alarmando a las nereidas que tejían del ensueño submarino una trenza inmaculada... Y el alba quedó en paz, cual sí la paz fuera blanca...

—¿Es esta calma, mi amor, el eco de tu palabra? Si me llamas de tan lejos y mi oído te percibe es que puedo levantarme hasta alcanzar tu morada. ¡Alma mía, no llores la emoción de verte libre que no hay lágrimas en la herida del que vence! Espera en la amada, pues aguardando alcanzaremos la

equidad de su deseo. ¿No ves que del sol ya se oyen los clarines de sus rayos, que de las mieses el color se levanta sacudiendo la escarcha, y las aves que madrugan traen de la mañana la despensa de sus nidos? ¿No oyes un paso triste que embellece a mi constancia, como si el enemigo fuera que huye derrotado apañando los despojos de mi tormento?

Y las nubes que de carbón se vistieran para aumentar la nostalgia fueron deshechas en girones que aventaron los alisios en auras transformados. Y la mañana mojada parecía estar llorando un desplumado contento... Todo parecía inédito como si el tiempo no fuera de la vida, y, ¡oh maravilla!, la vida quedaba quieta como pintada en el sueño...

LA IDEA Y EL AMOR

SI la nada existiera —exclamó el hombre
adolecido— hermana sería del alba... ¡Oh,
nada, que como un heraldo incoloro que viniera
del vacío, me anuncias el terrible sinsabor que pro-
duces en el alma!

Y mordiendo el silencio de su carne, cual pre-
sagio inacabado en el sentido, quedóse el ser en no-
che ausente habitando lo esotérico. Y como cola-

da de acero, la soledad alcanzó del hombre con su garra el cerebro hasta estrujarlo y, simulando migas entre los dedos, morían las ideas que al pensamiento alimentan... Entonces, el joven sorprendió a la amada como caída sobre las cenagosas aguas donde nace la sombra impune que del mal liba constante, y la densa ola del cieno que rodaba hasta cubrirla, movíale a lascivia el vientre estéril del que como si de lepra fuera huía la carne desnuda de los hijos...

—¡Oh, engaño y ceguera de mi constancia! —dijo el hombre de lágrimas ennoblecido. ¿Qué mayor maldad puede haber si en almífores del cielo he seguido a mi enemigo hasta hermanarme? ¿Cuándo te irás de mí para valerme del alma, cual pez en el océano que posee su vivienda en el abismo? ¡Quiero por no verte, enterrar mis ojos en un cáncer! ¡Lustros enteros he de llorar sobre el recuerdo hasta lavar la memoria!

Traspuesto el entendimiento, cual lumbrera que se extingue fulminante, quedóse el hombre del alma poseído para encontrarse de nuevo en el regazo del alba... Y delante de sí mismo, como el todo ausente del principio, quedó arrobado plena-

mente... Y de la línea que la duda le trazara como un credo interminable hizo una cinta muy larga...

—No ahogaré más anhelo en el rincón donde duerme tu silencio conjurado con mil sapos, ni descansaré el oído hasta escuchar de tu garganta el terrible llanto de una madre preñada de piedras... ¡Ah, local! ¿Acaso de ceniza pueden ser los jazmines? ¡Ay!, que manso el corazón te dí, cual si del águila fuera que en servir se emplea a la paloma y, adormido en la cándida apariencia donde muestras contra mí tu poderío, bebí confiado el néctar de la adelfa..

La imagen de la amada como rasgando un espejo se estampó en la memoria con el rostro amaratado y los párpados violeta y, sin la luz que el hombre le diera, se mostró desnuda de substancia... y, turbada por la fealdad que emanaba con su aliento, se desvanecía su hermosura hasta donde el mismo mal también perece.

—¡Oh, admirable novedad que me permite poseer la verdad del sentimiento! ¡Qué calle la palabra mientras escucho el rumor de la vergüenza que, cual lava enloquecida está asolando mi confianza,

pues tan íntima es la decepción que padezco que ya presiento que en la idea no me hará falta el pilar de la esperanza! ¡Ay, llama impalpable que alimentaste mi fuego! Del tormento padecido sólo quedan tizones deshechos como el cuerpo de la nada y fríos cual si fueran los ecos del olvido. Más, bajo la razón poderosa que a mi honor libera, está como un rescoldo dormido mi propio amor inmolado...

—De esperarte, amado, llevo hundida entre mis pechos la flecha más aguda de tu destierro y, herido de este dolor, se derramaron en gargantas heladas que como peces extraños se me fueron de las manos.

—Más difícil que esos peces es la serpiente que habita sigilosa la intención de la conciencia. No quieras helar la fruta en una hoguera que arde... ¿Acaso te sientes tan atribulada que el dolor te fabrica la palabra?

Sin ser del firmamento ni reflejos celestiales, varios ojos como hechos del carbúnculo más brillante miraban quietos de la doncella los senos desgarrados y, como si de un cráneo cautivo fuera el pensamiento, rindióse ella abatida cual gacela en el desierto poseída de chacales...

—Buscaré hasta cansarme una expresión nueva que me consuele y, si la encuentro, presto la he de cubrir de acero... Dístes fingido nacimiento a la promesa, cual rama falsa que cubriéndose de temprana fruta no llega a madurarla. ¡Oh, crueldad, que has encerrado en tus entrañas la sonrisa de mi hijo! Sé que por ello mi memoria cierra sus puertas a tu recuerdo para no ver eternamente que, de la semilla plantada, sólo un campo queda poblado de piedras.

—Mi alma se retuerce en la distancia que señalan tus palabras, amado, y tu reproche cual viento forcejando al océano, me agita como desconocida tormenta... Tu dolor, bien mío, me tiene estremecida en su grandeza y me dota de un miedo insospechado que me invade poderoso, cual si un gigante impío fuera desflorando de la niña su pureza hasta ahogar impávido del ser anonadado la esperanza de mi vientre.

Entre flores estrujadas por el mal que de los riscos habita al repugnante lagarto yacía una virgen sin aromas., y tras ella ladraban cien lebreres esperando., salidas las lenguas como prontas a libar de las entrañas... Y las abejas hicieron panales rojos y las hormigas huellas de sangre...

—Has malparado la heredad que te entregara y, aliada de la mofa que a mi destino envilece, la dejaste a merced de la intemperie... Yo veo algo mío que sin remedio hundido hasta los ojos se asfixia en tu venganza y, sin embargo, presiento una promesa que se alza sobre tí muy soberana, cual si del sol fuera su vuelo más extendido.

Sobre cumbres que flotaban deshiladas por encima de las nubes, el hombre extendió sus brazos para recibir de la idea una imagen de niño... Y sólo pudo coger un cachorro enmohecido que olía a fétido perfume por haberse amamantado de la hiena. Y un gusano pordiosero visitó de la carroña el vil sudor que la defiende...

—Yo, ignorante de la muerte de mis ojos, estaba ciego a tus torpezas y, silenciosa la fidelidad del subconsciente, iba de mí alejando tu solapada insistencia... Simulabas la maldad en que consumías con hechura de guiso y barro el amor puesto a tus plantas... ¡Qué no te asombre la ira que desola tu recuerdo! ¡Ay de mí, que sin adivinar las glutinas de tu rostro ya te comenzaba a grabar duramente en mi retablo! ¿Por suerte la salamandra cuando libó en tus senos presintió en su boca de un ser muy fecundo labios tiernos?

—Cautiva de este dolor —dijo ella— he estado muriendo mientras tu vuelta esperaba y, resignada, ¡oh motivo de rubores!, levanté soñándote lejos esta vivienda en la que puedas alojar tu vagabunda herida.

—Temo que cuando me brame la sangre deseando prolongarse, no pueda como por tierra llana alcanzar la distancia sobre tu floja arena. Y no quiero que mi sangre quede negra en tus paredes... Con mi esperanza pudiste haber hecho cimientos de esmeralda y, de la sed que padecí en mi destierro, columnas de diamantes, y un fuerte muro de luminarias eternas con la inquietud de mi alma, que un alcázar se hace con la ausencia de lo humano y no con apetitos que mueren blancos cual la nieve en la montaña.

Y una dama como de ceniza cubierta cantaba a millares de gusanos en las cuencas de los perros... Y un cuervo erizado en destellos picaba nervioso un huevo para leer su nombre... Y el nacer y la muerte habitaron de la noria nupcial los cangilones eternos, cual inaudita inmersión de la mente que se adentra en el misterio hasta tocarlo.

—Piensa, mi amor —dijo la amada—, que he

tenido el alma en cadenas, cual si del espacio las estrellas hicieran corro hasta ahogarla. Más, emulando tus ansias, amado y dueño, hallé la libertad como si conjurados murieran mis defectos y, aunque me prive tu destino habitar la esperanza que ennoblece a mi cariño, yo he de apretar mi rostro contra el suelo hasta ver bajo la tierra la raíz que tu fecundas.

Y un árbol vió en sus ramas brotes nuevos que enseguida fueron hojas tiernas... Y de la higuera cargada tantas brevas bajaron hasta el césped que hubo festín en los insectos y canciones en los pájaros.

—Grande sería si así fuera de tu amor ese consuelo, pues replantado tu seno cual transfiguración de éxtasis, desterraríamos del corazón los abrojos y, cuando más inédita te viera, más razón encontrarías transparente en mi impaciencia. ¿Cuándo en la prueba de mi bondad hallaste escondida alguna falta? Sin embargo, las raíces de mis nervios se retuercen como si de continuo se soltaran los lazos que me unen al sentido.

Y el alba se detuvo para impedir que la mañana mostrara a la vida como expirando en un pai-

saje donde no había lugar sin llaga... Entonces el hombre, con asombro de su carne, vió que delante de la eternidad no estaba la muerte, sino que parecía aguardar su identificación a la intemperie de los fuertes muros del alma... Y la verdad que contiene lo perpetuo sonreía inmutable de la translación ecóica de los hombres y, éstos, soñaban una hermosura presentida que en vano pretendía alcanzar entregados al insomnio...

—No quiero aliarme con la vida, pues sus guerreros se me mueren en la nada de un momento. Yo haré pasar al tiempo entre mis dos mitades de cráneo, cual estoy desde siempre cruzado la presencia del pasado...

Y como sobre tierra yerma iba una mujer que enturbiaba el sol con su miseria, y le dolían los pies de pisar el espectro de su ignominia, cual si lo quisiera borrar del camino que impune había seguido, y sus pechos de flácidos se enredaron en un cactus que se manchó de tristeza..., y el clamor de su vergüenza no pasaba de su oído...

—¡Ah, desatinada —exclamó el hombre tras-pasado— que para ver desnuda el alma mía prendiste alfileres de plata en tu carne y, para compren-

der mis ojos, ¡lástimal, miraste durante lustros los diamantes de tu frente, mientras que mis pupilas de espanto inexpresivas, medían tus pensamientos en la agonía de una idea irremediable...

En la ribera salina una doncella se mecía en la orilla de las aguas y, las algas enlazábanse en su torno tan despacio, que codició las cosas que en las tinieblas hacía con sonrojo de los astros... Y eran tantos los ojos del cielo, que los espasmos huían culebreando como anguilas entre los juncos para no ser vistos por encima de los cerros. Y no pensaba que eso era presente en la distancia... Sólo la imagen que le representaba la fealdad de su defecto la hacía temer, cual si la lengua de los hombres fuera eterna...

—Yo he de sellar los oídos a tus gritos y no llamaré jamás a un solo alivio que socorra tu dolencia...

En viva brasa el sentimiento enardecido subía hasta el cielo enarbolando sus llamas... Y todo era imposible en la nostalgia cual luminaria fugaz en el abismo...

—Inerte quedo —dijo el joven— como si sembrado tuviera el corazón entre cenizas y, hela-

da la carne, se me vuelve entristecida como lava muerta en el barranco... ¡Oh, inmersión del alma en la mente que la añora, descubriendo profunda su presencia hasta ahogar la esperanza del sentido!

Y el hombre miró el suelo... Y, ¡ay!, aquello no era...; ni la ribera fué con su verdal transparente, ni aquel valle, ni la palmera; nada resplandecía en el sueño... Nada era... Y los ojos ciegos, las arpas melódicas y las serenas vihuelas eran la memoria del pasado presintiendo el futuro en el instante... Y todo se oía desde siempre como un jameo subterráneo que respira permanente en la montaña...

—Libre está el alma mía de tu carne, y mi boca ya está limpia de tus labios como si sucediera que un nuevo milagro desnudara mis heridas de tu sangre hasta sanarlas... ¡Camina a prisa y no aguardes que te valga el miedo! ¡Apreta el pie contra la tierra y no te vuelvas, que te esperan como un bosque de tinieblas las ficciones de las gentes.

Y cansado el pensamiento sobre la alta cumbre en que arden sus entrañas, un ansia inmortal impide hablar al hombre y, en espera de que pase la vida, el alma vehemente emplea su defensa silenciosa hasta elevarse sobre el tiempo y la distancia.

INDICE

	<u>PAG.</u>
PRÓLOGO	15
SINTESIS	21
EL DESEO Y EL AMOR	25
EL AMOR Y LA NOSTALGIA	39
LA IDEA Y EL AMOR	51



*ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES DE L. SAAVEDRA
EN LAS PALMAS
EL DÍA 26 DE MAYO
VISPERA DE LA ASCENSION DEL SEÑOR
DE 1954*

